

Herbert Read
**AL DIABLO
CON
LA CULTURA**



Ahimsa Editorial

Al diablo con la cultura

Herbert Read

Xabier
Vila-Coia



ex-libris

Ahimsa Editorial

la democracia lleve en sí una fuerza capaz de alentar el surgimiento del artista. En realidad, la democracia, en cuanto proceso nivelador, en cuanto ideología de la normalidad y la igualdad, actúa contra el propio genio -sea éste de la índole que fuere- y sobre todo contra el individuo cuyo trabajo no es vendible según los métodos económicos en uso. En la sociedad-democrática el artista es un "forastero", hecho este que no bastan a disimular todos, los programas enderezados al patrocinio democrático de las artes.

Las sociedades opulentas de nuestra época extienden una red muy amplia, sí, pero los hilos de esa red siguen siendo de ruda textura, y el gesto que las inspira, ciego. La democracia es, de suyo, incapaz de discriminar: la sensibilidad se le ha embotado en el trabajo de comisiones, disipado en los procedimientos burocráticos, deshumanizado en las grandes organizaciones. La sensibilidad estética es indivisible, como dice Martin Buber; sólo se trasmite de hombre a hombre.

Por ende, llego a la conclusión de que el arte, en sus aspectos creadores, poco tiene que ver con la democracia, el comunismo¹ o cualquier otro sistema político. Configura una manifestación apolítica del espíritu humano, y aunque los políticos pueden usar o abusar de él abusar en beneficio propio, no pueden crearlo ni dominarlo ni destruirlo.

Ello, empero, no significa que la sociedad pueda hacer caso omiso de sus artistas. Opino justamente lo contrario. El arte es siempre el índice de la vitalidad social, la aguja que, con sus movimientos, va señalando el destino de la sociedad. Los estadistas sensatos han de estar atentos a esa gráfica, pues es más significativa que la disminución de las exportaciones o la desvalorización del signo monetario nacional.

Herbert Read
Octubre de 1962

1 Respecto de la ambigüedad de esas palabras, véase más adelante.

conocidos que Wash o Wren, no, es porque fueran inferiores como arquitectos, ni menos personales. Podemos afirmar, lisa y llanamente, que desde su aparición en la prehistoria y hasta el día de hoy el arte ha sido creación de individuos. De individuos que reaccionaban con libertad frente a su medio, que expresaban e interpretaban el sentir colectivo, pero que extraían de sí mismos, de sus modalidades y características propias, la esencia y la vitalidad de sus obras.

Por ser acto de creación individual, el arte, para alcanzar su perfección, necesita de la libertad, traducida en libertad de la persona y libertad de la inteligencia. A menudo se formulan objeciones a este criterio, y se señala que las mejores obras de arte fueron creadas en épocas de opresión; se hace notar, por ejemplo, que la *Divina Comedia* salió de la pluma de un exiliado político y que el *Quijote* fue escrito en la cárcel. Pero si reparamos en estos dos casos con más detenimiento, veremos que Dante se parece mucho al exiliado distinguido de nuestra época, que, -mimado por la gente de pro, es huésped frecuente de las mansiones de campo. Y ésta no es condición poco apropiada para la actividad poéticas por lo que hace a Cervantes, el cautiverio fue una pausa de tranquilidad y sosiego en su vida de hombre acosado por la pobreza y las persecuciones.

En la historia de la civilización moderna son contados los grandes artistas cuya obra no hubiera resultado incomparablemente más perfecta de haber tenido libertad espiritual y seguridad económica. Citaré cierto pasaje de una carta de Leonardo da Vinci a su protector, Ludovico Sforza: "Mucho me apena el haber interrumpido el trabajo que me encargó Vuestra Alteza, pero vime obligado a ello por la necesidad de proveer a mi sustento. Sin embargo, espero reunir dentro de poco lo necesario como para ponerme a la obra con tranquilidad y cumplir con Vuestra Excelencia, a cuya bondad me encomiendo. Si creyó Vuestra Alteza que poseía yo caudales, engañese, pues durante treinta y seis meses hube de alimentar seis bocas, no teniendo sino cincuenta ducados". Vemos así que Leonardo, acaso el intelecto más brillante del género humano, se vio trabado y reducido a la impotencia por carecer de unos cuantos ducados.

se ha internado en profundidades misteriosas donde moran los más extraños peces. Quizá fuera mejor que hubiese dejado algunos de ellos -monstruos superados por la evolución- en el fondo del mar. Pero si perseveramos en el afán de conocer todo cuando hay en el universo y en nosotros, no debemos asustarnos de lo que nos traiga el artista al volver de su viaje de exploración.

No me refiero únicamente a las llamadas imágenes oníricas, a la deformada prole de la frustración y la inhibición. Las imágenes del artista son, ante todo, formativas, es decir, que dan contorno preciso a lo amorfo; son la cristalización de fluidas intuiciones mentales; materializan lo inmaterial, lo inmaduro, los rumbos, apenas si presentidos, apenas delineados y localizados, de la experiencia significativa. Lo mejor del arte abstracto -que no es "abstracto" sino concreción de cuanto quedaba suspendido en la abstracción- corresponde a este género de actividad imaginativa. Es faena de exploradores en el proceso del razonamiento, la invención de los símbolos necesarios para el avance de la conciencia.

A esta labor se le ha endilgado el rótulo de "extremismo". No es deshonoroso el adjetivo, pues todos los adelantados de la aventura humana han sido extremistas, exploradores que trabajan en las fronteras de la experiencia, y en las fronteras de experiencia perceptiva si se trata de artistas. Se comprende que algunos no quieran trabajar en clima tan inhóspito; al fin y al cabo, la faena está reservada a los elegidos, aquellos a quienes la Naturaleza dotó del valor y la sensibilidad necesaria. Mas lo que deseo exponer ahora es el caso del adelantado que abandona el frente, que se retira a cómoda distancia para vilipendiar a los antiguos compañeros.

Claro está que ese artista nunca fue un colaborador sincero. El renegado es un esquizoide nato, receloso del prójimo desde el preciso momento en que lo reconoce como tal, es decir, como hermano que le disputa el amor de la madre. Cuando topamos con el artista envidioso y resentido, siempre es lícito pensar que el sujeto ha tenido una niñez irregular o desordenada; que le ha faltado el amor materno en la primera

De toda la filosofía del arte vincularla a los nombres arriba mencionados resulta, sin embargo, que en el acto de la creación, cuando el artista se percató del yo instantáneo, del fecundo cero de la conciencia, no puede atender a los preceptos morales ni a las conveniencias sociales. Mas si nos liberamos de la responsabilidad social (como debemos hacerlo), no por ello quedamos dispensados de la responsabilidad personal. "A medida que nos volvemos libres -dice Buber- va quedando fuera de nuestro alcance este apoyarse en algo (un lazo tradicional, una ley, un mandato), y nuestra responsabilidad se torna personal, solitaria"⁷.

Pero debemos liberarnos. No podrá haber creación, ni arte, ni mediación con lo inconsciente colectivo si voluntaria y deliberadamente sometemos nuestros instintos creadores a los lazos y a los códigos morales impuestos por la tradición. Éstas son la paradoja y la disyuntiva a que nos enfrenta la situación actual. Es, también, la razón por la cual debemos rechazar enérgicamente toda forma de censura y de control legislativo. El artista debe ser libre, pero también responsable.

Dentro de este contexto, ¿qué se quiere significar con la expresión de "responsabilidad personal"? En opinión de Buber, ella presupone la existencia de "alguien que se dirige a mí desde una zona exterior a mí mismo, y que en mí puede encontrar respuesta". Es decir, Dios, o la Verdad, si así lo preferimos (otra abstracción, en lo que me atañe). Pero, puesto a elegir una abstracción, me pronuncio por la belleza, la belleza de la plegaria socrática: "Concédeme el ser bello en el corazón del hombre". Y ya que estamos tratando de esta cuestión de la responsabilidad personal en relación con las artes y las letras, es menester que la elección sea acertada. Así, los verdaderos artistas -los creadores- no suelen recurrir a la pornografía, porque la pornografía los hiere en su sentido de la belleza. Creo que a veces -y legítimamente- incurrían en esa falta llevados por su sentido de la responsabilidad personal hacia esa otra abstracción, la Verdad. Tal, el motivo que justifica a Lawrence y acaso

7 Ibid., pp. 92-3.

→ a pornografía también es bella!

Varios de los ensayos aquí presentados aparecieron durante la guerra, en un volumen que Read tituló "La política de los apolíticos". Con ese título paradójico quiso indicar que el artista siempre está sujeto a lealtades que trascienden las divisiones políticas de la sociedad donde vive. Tal criterio no era aceptado en 1943, y después de la guerra pareció quedar definitivamente superado por las doctrinas del *art engagé*, es decir, del arte dedicado a la defensa y difusión de cierto "estilo de vida". Estilo de vida que, en el mundo occidental, se entendía como sinónimo de libre empresa en lo económico y de democracia en lo referente a la forma de gobierno.

El destino sufrido por el arte y la literatura en los países donde tales valores veíanse negados -o sea, en los países totalitarios- era la prueba, por la negación, de que el arte se hallaba comprendido en la gran lucha política de nuestro tiempo. Se nos decía que no se trataba tan sólo de conservar nuestra libertad política; la cultura misma -la poesía, la pintura, la arquitectura y la música de Occidente- encontrábase bajo la amenaza de nuestros adversarios políticos y era preciso defender.

HERBERT READ no necesita presentación. Su nombre ha atravesado la densa maraña de autores y nombres famosos, conquistando estima y valer entre artistas, críticos, sociólogos y educadores por igual.

ISBN 84-95515-69-5



9 788495 515698

Colección
Vías Alternativas